

editorcronicas@comercio.com.pe

# contracorriente

POR DAVID HIDALGO VEGA



**COLECCIONISTAS.** Hace unos días se celebró el Día del Libro con actividades a toda escala. Entre los más entusiastas estuvieron los miembros de una cofradía dispersa que practica la devoción por los incunables. Ellos practican la bibliofilia, una afición que cuaja con los años

FOTOS: LUIS CHOY



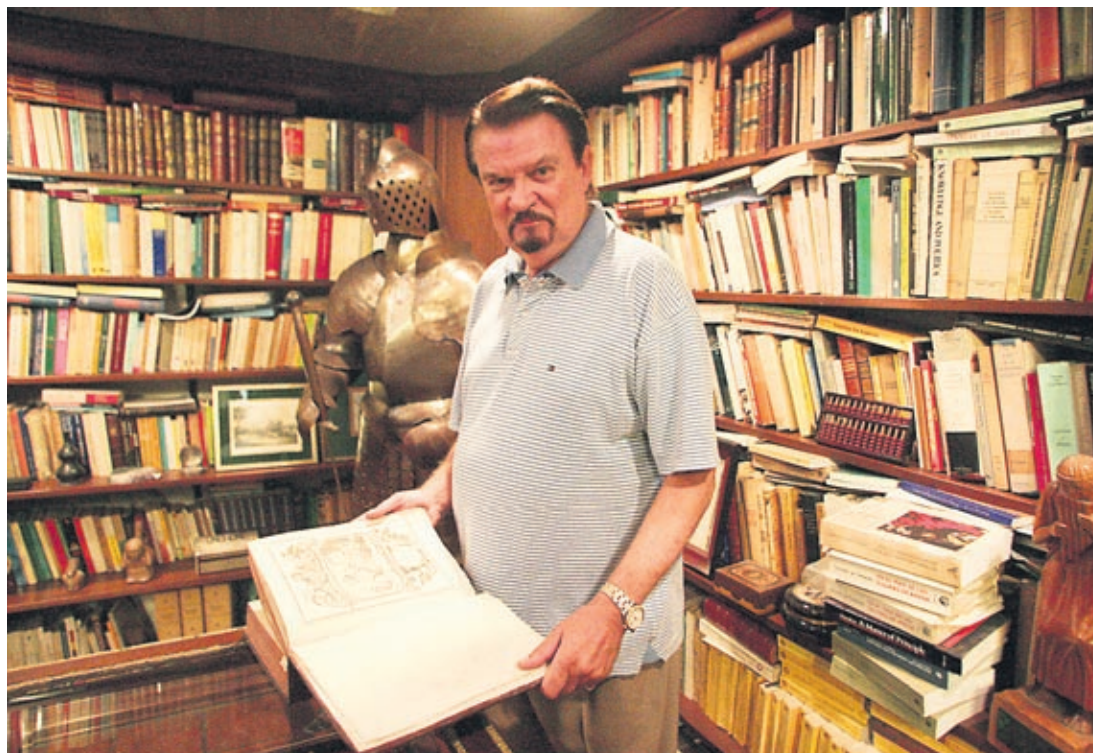
**JOYAS.** Los amantes del libro antiguo lo consideran una obra de arte. Lamentablemente muchos incunables peruanos están en el extranjero. Los coleccionistas se dan consuelos interesantes: para muestra esta edición de "El Quijote" de 1608.

# Una pasión en pasta dura

El olor del papel antiguo impregna el alma de sus devotos. Los bibliófilos, esa fraternidad de arqueólogos literarios, fundamentan su culto en los sentidos: la belleza de un libro puede ser apreciada en las palabras que lleva, pero también en su apariencia, en el rastro que deja en el aire. Es el detonante de un apetito que, en ocasiones, puede llegar a la voracidad. "Hay gente que ha dado fortunas por un libro, porque le falta ese tomo, esa colección, tal fecha, y lo quiere tener. Es la pasión del coleccionista", comenta el historiador Teodoro Hampe, quien lleva veinte años investigando sobre ediciones peruanas remotas y el contexto en que fueron publicadas. A la manera de otras aficiones, la bibliofilia supone una carcería: los mejores trofeos van a los espíritus más alertas.

El más reciente caso de culto público al libro ha sido la Primera Exposición-Venta del Papel Antiguo en el Perú, en el Museo de Osma, Barranco. Durante cuatro días—hasta hoy—, los feligreses del libro han podido compartir allí el recogimiento que amerita su vocación. Entre los visitantes se ha visto a veteranos cazadores de rarezas y también a estudiantes universitarios y escolares propensos al asombro. Todos rendidos a la imponencia de las piezas, lo que augura futuras adhesiones. Un efecto al que no escapa ni el propio organizador, Juan Ortiz Benites.

Desde hace unos años Ortiz dirige La Casa del Libro Viejo, un espacio virtual en el que los bibliófilos de Lima tienen a mano algunas joyas capaces de hacer salivar a los coleccionistas más fervorosos. "Yo me considero un librero anticuario. Los libreros no podemos convertirnos en bibliófilos, porque dejaríamos de ser libreros, pero no puedo negar que tengo algo de esa pasión", reconoce. Ortiz, un marino que dejó catorce años de servicio para dedicarse a este mundo, tiene un grupo de piezas que considera irrenunciables: varias ediciones de "El Quijote" de diversos años, una colección de obras de Derecho—carrera en la que está a punto de graduarse—y primeras ediciones de obras de Unamuno, Cortázar y Borges. Ese tesoro formaría parte del culto familiar de un bibliófilo, pero Ortiz, que se mantiene en el limbo, prefiere no hacerse ilusiones. "No descarto la posibilidad de que en el futuro mis hijos y nietos lo vendan", admite.



**BIBLIÓFILO.** Fernando de Trazegnies posee asombrosos ejemplares. Suele buscar durante sus viajes a provincias.

“Entre los bibliófilos peruanos pocas preseas más codiciadas que los libros impresos por Antonio Ricardo y Felipe del Canto, propietarios de los dos primeros talleres que hubo en Lima”

En otros casos, la afición no termina sino que deriva de un legado familiar. El ingeniero civil Gustavo Alayza, por ejemplo, se metió de lleno cuando descubrió entre sus ancestros a varios peruanistas renombrados. En especial cuando confirmó que es descendiente en sexta generación de Hipólito Unanue. "Eso despertó en mí el interés por conocer más de mis antepasados. Empecé a buscar sus escritos en donde fuera", recuerda. Alayza, quien empezó su afición hace cuatro años, ahora persigue tres tomos del Diccionario Bibliográfico de Mendiburu para completar los ocho tomos de su colección. "Tengo libros de Manuel Atanasio Fuentes que son una delicia. La gente debe darse cuenta de lo valio-



**BELLEZA.** Las ilustraciones y grabados entusiasman a los bibliófilos.

sas que son estas obras", comenta. En su caso, como en otros, la certeza crece a la par que su biblioteca.

#### TESORO PERDIDO

Esta no es una fiebre reciente. A mediados del siglo pasado un grupo de apasionados por el libro antiguo decidió formalizar su cofradía. La Sociedad de Bibliófilos Peruanos imprimió sus estatutos en 1953. El promotor y presidente de esa temprana logia fue Felipe Thorndike, con ayuda del historiador y erudito Félix Denegri Luna, un apasionado cuya biblioteca inspiró a varios coleccionistas discípulos. Por alguna razón el entusiasmo no alcanzó para mantenerla. Teodoro Hampe, quien recibió de manos del propio Denegri los

documentos de aquella primera cruzada, tiene la intención de rebotarla. "Según los estatutos, la sociedad debe estar formada por cincuenta miembros. Estoy seguro de que reuniremos esa cantidad de participantes", comenta.

Es una cuestión honorífica para un país que tuvo las primeras imprentas de la región. Entre los bibliófilos peruanos pocas preseas más codiciadas que los libros impresos por Antonio Ricardo y Felipe del Canto, propietarios de los dos primeros talleres que se instalaron en Lima a fines del siglo XVI. En ese tiempo se confeccionaron unos setenta libros. Sin embargo, "quien quiera escribir la historia de los incunables peruanos no lo podrá hacer acá", expli-



**RIESGOS.** Juan Ortiz Benites y un esfuerzo incomprendido: le han incautado documentos que rescató en el extranjero. "Es un abuso, vamos a lucharla", asegura. El tema se encuentra en investigación.

ca el historiador. Según sus cálculos, el 80% de esas obras figura en la biblioteca de la Universidad de Brown, que "posee la más grande colección de impresos coloniales americanos del mundo".

Es parte de la tragedia bibliográfica nacional. "El Perú ha tenido mala suerte. Nuestra Biblioteca Nacional se incendió primero en 1822. Luego vino el saqueo de los chilenos. Y más tarde, el incendio de 1943. Por esos tres episodios tan graves, el Perú no tiene lo que debería tener", insiste Hampe, quien hace poco pasó un semestre como profesor visitante en la citada universidad y pudo ver de primera mano algunas joyas envidiables.

#### PIEZAS CLÁSICAS

Algunos las tienen en casa. El excanciller Fernando de Trazegnies ha cultivado su colección con esmero solitario. Entre sus libros, por ejemplo, hay una edición de "El Quijote" que data de 1608 (foto superior), tres años después de la publicación original. Otra de sus joyas es precisamente un libro impreso en el taller de Francisco del Canto. Aunque el ejemplar carece de cubierta y de las primeras páginas, su condición de incunable le confiere un aire sobrecogedor. "Hay personas que hemos sido más vivos que otras por los libros. Yo vivo acá", refiere el también cate-drático acerca del espacio en que guarda semejantes reliquias. Su

biblioteca, un ambiente de dos pisos que produce una inevitable sensación conventual, está salpicada de hallazgos.

De Trazegnies heredó la bibliofilia por vía paterna. En alguna época fue asiduo de librerías de viejo en el Centro de Lima o recaló por el célebre jirón Amazonas, una veta reconocida por todos los amantes del libro antiguo. Con el tiempo se hizo de algunos contactos que le han llevado ejemplares impresionantes. Entre ellos figura un antiguo libro escrito en iraní y un expediente que un hombre del siglo XVIII preparó, con grabados que representan aves con exquisito detalle, para reclamar un título de nobleza. "Uno tiene que saber sobre confección de libros, sus partes, sus detalles técnicos. El empaste puede ser maravilloso", comenta. Hasta hace un tiempo De Trazegnies incluso escaneaba las bellas letras capitulares de sus tomos para ordenarlas como un alfabeto. El suyo es un gusto por el arte.

Al observador común estas meticulosidades pueden parecerle extrañas, pero forman parte de una devoción: la búsqueda del bibliófilo no termina al conseguir una pieza, sino que supone estudiarla. Si las bibliotecas son los espejos de quienes las forman, pocos esfuerzos más tranquilizantes: alguien se ha propuesto rescatar esos trofeos de la memoria. ■